

le propusimos la excavación de la llamada Morra de Lechina, en Munera, si bien ella, por razones muy estimables, prefirió hacer la de la próxima Morra del Quintanar, otro de los yacimientos cuyos materiales se exponen ahora.

Fuimos también los que denunciarnos la destrucción inminente de la necrópolis del Tesorico, cuya investigación como trabajo de urgencia realizó nuestro cordial amigo Santiago Broncano. Y por último, transmitimos las primeras noticias y recogimos los materiales hallados por Santiago Nuñez y que, más tarde, dieron lugar a la investigación de la necrópolis de El Camino de la Cruz (Hoya Gonzalo), exhaustivamente excavada por Juan Blánquez y su equipo con excelentes resultados. Esperamos que en breve este mismo grupo estudie el cercano yacimiento existente en Los Villares, del mismo término municipal, del que también le suministramos información.

Las precedentes observaciones solo pretenden justificar nuestra intervención en esta tarde, por una parte, y por otra, expresar la mayor gratitud hacia quienes con el mayor rigor científico, altamente encomiable, atendieron nuestras sugerencias y peticiones, llevando a cabo unos trabajos que consideramos modélicos tanto en lo que se refiere a la excavación propiamente dicha, como al trabajo de restauración y estudio científico de los yacimientos. Todos ellos se han esforzado después en la organización de las Jornadas y en el montaje de la exposición.

Dicho esto, pasemos al tema de esta charla: El Museo de Albacete.

*Para llegar a Albacete es necesario andar los rectos caminos de la Mancha*, decíamos en una publicancioncilla sobre estas llanas tierras. Al acercarse por ellas a nuestra capital, la mayor parte de quienes discurren velozmente por aquellos queda sorprendida al ver, de refilón, el anuncio del Museo de Albacete. Sorpresa que aumentará probablemente cuando, esperando ver un poblachón manchego, la tópica ciudad de las navajas, las botas y los gazpachos, se encuentren en su rodar hacia la costa, con una ciudad moderna, dotada de anchos y bien iluminados viales, rodeada de jardines con notables esculturas, con edificaciones de arquitectura quizás no siempre bella, pero al menos funcional.

Y en ella, en una de sus zonas más bellas y acogedoras, el Parque de Abelardo Sánchez, el Museo, edificio de arquitectura armónica y equilibrada, perfectamente encajada - al menos así lo creemos - en un entorno natural gratísimo y cuyo autor ha sabido respetar, e incluso en algunos casos potenciar, cosas tan importantes como el paisaje y la vegetación que envuelven parte de la construcción, aislándola, aunque solo sea parcialmente, de la polución y el ruido.

Un digno recipiente que habría de albergar lo que en otro tiempo se negó existiese en Albacete: un centro de trabajo, de investigación y, al mismo tiempo, de esparcimiento y recreo, de promoción artística y cultural.